

El futuro: tema común entre la diplomacia y la ciencia-ficción



Por Dixon Moya Acosta

Embajador de Carrera Diplomática. Actualmente Cónsul General de Colombia en Chicago. Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Entre otros libros ha publicado una obra de cuentos de ciencia-ficción titulada Relatos extemporáneos, firmado con su seudónimo literario.

Diplomacia y ciencia-ficción es una combinación que tiene más en común de lo que a primera vista puede parecer. Por ello, en el presente artículo se describirá la relación entre una disciplina que tiene tanto de arte como de ciencia con un género literario y artístico innovador, confluyendo los dos en un mismo concepto temporal: el futuro.

Puede afirmarse que la diplomacia y la ciencia-ficción son coetáneas y, en su concepción actual, son hijas de la Modernidad. Si bien las prácticas diplomáticas vienen desde el antiguo Egipto en forma de tratados de paz con la civilización cananea en el siglo XIV antes de nuestra era, las reglas de la moderna diplomacia se empezaron a configurar en el Renacimiento y tomaron forma en el Congreso de Viena de 1815. De igual modo, en el género literario

de la ciencia-ficción, aunque hay algunos antecedentes en obras clásicas griegas y del Medio Oriente, la configuración de la novela de ciencia-ficción se da en 1818 gracias a la escritora Mery Shelley y su obra *Frankenstein o el moderno Prometeo*, hasta popularizarse el género en el siglo XX, especialmente por sus adaptaciones audiovisuales.

La diplomacia, como herramienta de la política exterior, se dedica a la defensa de los intereses nacionales y la forma de relacionarse en el plano internacional con otros Estados u otro tipo de actores transnacionales no estatales, como corporaciones, organizaciones no gubernamentales e incluso individuos. Tiene una vocación de futuro, ya que busca la estabilidad global, así como superar con el diálogo y la negociación los conflictos emergentes. En ese

sentido, busca permanecer y trascender en el tiempo. La negociación diplomática es la única alternativa al conflicto, el cual parece inherente a la naturaleza humana.

La ciencia-ficción es el futuro mismo. A pesar de las múltiples variantes y diversas temáticas, es un género literario y artístico que pivota sobre la especulación del futuro, partiendo de la experiencia presente. Muchas veces, para evitar temas como la censura, ajena o propia, los autores plasman en escenarios del mañana problemáticas que suceden en su propia actualidad. Esta estrategia narrativa es muy útil para los analistas, que pueden esbozar escenarios probables sobre problemáticas reales a partir de obras de ficción.

La ciencia-ficción como creación intelectual, bien sea en la literatura o en sus manifestaciones audiovisuales, ha llevado a la diplomacia a un límite más allá de su propia definición, e incluso ha llegado a concebir la posibilidad de civilizaciones extraterrestres, como uno de los fundamentos de sus argumentos en esos escenarios imaginados.

Es verdad que cada vez es menor la posibilidad de encontrarnos con esas culturas alienígenas avanzadas, lo cual puede ser un alivio, pensando en nuestro propio bienestar, y nos conformamos con hallar algún atisbo de vida microscópica en las nubes de Venus o en el agua congelada de Marte. Sin embargo, algunos autores han creado mundos sofisticados, y en ese punto la diplomacia ya no es patrimonio de un país determinado, sino que se convierte en instrumento de la política exterior mundial o planetaria.

En algunos casos, esa premisa implica que los conflictos de las naciones ya se hu-

bieran solucionado, mediante una especie de gobierno multilateral mundial o que la potencia con supremacía tome la vocería de todo el planeta. Las relaciones con las supuestas civilizaciones alienígenas pasan por el conflicto o la comunicación. Repasemos algunos ejemplos.

H. G. Wells, uno de los padres indiscutidos de la ciencia-ficción, resolvió el tema de la manera más contundente en *La guerra de los mundos*, al imaginar una invasión sin mediar palabra, sin conflicto previo ni posibilidad de aviso previo. La diplomacia, que busca entre otras cosas resolver los conflictos con las palabras y sin el uso de las armas, en este caso no tiene cabida. Lo interesante de la novela es que lo único que destruye a los invasores son bacterias, dado que nuestro planeta es generoso en ese campo, igual que con los virus, como lo hemos padecido durante el inolvidable 2020.

Algo similar ocurre con Robert A. Heinlein y sus *Tropas espaciales (Starship Troopers)*, una novela de marcada naturaleza militarista, en la cual los extraterrestres tienen forma de insectos gigantescos, tan hostiles como difíciles de eliminar. Estas obras parecen confirmar algo que plantea la historia: que la guerra constituye una primaria forma de relación entre los pueblos.

En otro plano, se encuentran autores y guionistas que le han dado protagonismo a la diplomacia en sus obras. Una película clásica del género, de 1951, es *The Day the Earth Stood Still (El día que la Tierra se detuvo)*, también conocida como *Ultimátum a la Tierra*). En ellas se muestra al que bien pudiera ser el primer diplomático extraterrestre en el cine, *Klaatu*, un mensajero de otra galaxia, quien trae un mensaje

de paz y exhorta a los seres humanos al entendimiento y a la no promoción de las armas de destrucción masiva. La película recibió un Globo de Oro como mejor obra promotora del entendimiento internacional. Es una cinta netamente diplomática, en un momento de crispación mundial por la carrera armamentística nuclear.

Gene Roddenberry, creador de la legendaria franquicia audiovisual *Viaje a las Estrellas* (*Star Trek*), le confirió suprema importancia a la labor diplomática en la serie de televisión original, en un mensaje claramente antibélico. La *Enterprise* no es una nave de guerra, es una embarcación cósmica de carácter científico y diplomático que indaga sobre nuevas culturas alienígenas. Utiliza la fuerza militar solo en caso de extrema necesidad o con el principio de la defensa legítima, pero intenta al máximo no intervenir en los asuntos internos de los mundos que visita. Se trata de una interpretación del principio de no injerencia consagrado en la Carta de las Naciones Unidas.

Esta serie parte de una base que resulta alentadora para la humanidad. En el planeta Tierra se han superado las diferencias entre los países, hay una paz universal y parecería que se han alcanzado lo que hoy llamamos los Objetivos de Desarrollo Sostenible, que impulsa la ONU. La conformación internacional e interracial del personal de la cosmonave demuestra la fraternidad e incluso va más allá, pues esta tripulación obedece las directrices de la Federación de Planetas Unidos, versión intergaláctica de las Naciones Unidas, que integra a humanos y extraterrestres aliados, como los racionales “vulcanos”.

La otra gran saga cinematográfica espa-

cial: la *Guerra de las Galaxias* (*Star Wars*), se inicia con la interceptación de una nave con inmunidad diplomática que transporta a la princesa Leia, enviada especial de la República. Esta historia, que se ha reencauchado hasta la saciedad, narra la lucha entre dos formas de gobierno estelar, uno despótico, al mando de un autoproclamado “emperador”, mientras la resistencia apoya la República, en su carácter democrático. El malvado Emperador Palpatine, otrora canciller de la República, desarrolla una política exterior oculta, beneficiando su agenda personal y promoviendo conflictos en secreto, para obtener todo el poder político. Cosas que se ven, incluso en galaxias muy, pero muy lejanas.

A propósito de la *Guerra de las Galaxias*, así fue conocida la Iniciativa de Defensa Estratégica, impulsada por la administración del presidente Ronald Reagan en Estados Unidos, símbolo de una nueva carrera armamentística entre ese país y la Unión Soviética, lo que produjo una presión adicional a la potencia comunista y, sin duda, fue un factor decisivo para su posterior debacle. Utilizar un nombre tan familiar, tomándolo de la saga fílmica, permitió una divulgación más efectiva de la estrategia en todo el mundo.

Otra serie de televisión *Babylon 5*, recrea una base espacial dedicada a la diplomacia y al comercio, como lugar de encuentro de diversas culturas alienígenas y humanas. En cierta forma, otra alegoría de la sede de Naciones Unidas, un sitio neutral en donde tanto aliados como enemigos pueden reunirse para discutir sus intereses. La serie, que mostraba episodios desarrollados durante 5 años consecutivos a partir del año 2258, se consideró una aproximación madura al género de ciencia-ficción, pues

su punto de interés no era la aventura ligera, sino el desarrollo de dramas personales y políticos dentro de aquella ficticia base.

Keith Laumer (1925-1993) fue un autor estadounidense de ciencia-ficción que plasmó en una serie de relatos futuristas su propia experiencia como diplomático en el servicio exterior de su país. Dentro de su dilatada obra se destaca la serie dedicada a Jame Retief, un diplomático cínico e inteligente perteneciente al Cuerpo Diplomático Terrícola (C.D.T.), que no solo debe enfrentar los riesgos de su oficio al entrar en contacto con diversas culturas extraterrestres, sino vérselas con la envidia de algunos colegas y los hábitos corruptos e incapacidad mental de sus jefes.

Una de las obras más interesantes de ciencia-ficción de los últimos años ha sido la película *La llegada* (*Arrival*, 2016), cuyo argumento se basa en la incapacidad de comunicación entre dos civilizaciones. La protagonista es una filóloga, que hace las veces de diplomática, pues busca entender el lenguaje de las criaturas espaciales que han llegado a nuestro planeta y, de esta manera, saber sus intenciones.

Esto me recuerda que dentro de la Sociedad de las Naciones se alcanzó a discutir la pertinencia de designar el esperanto como lenguaje internacional, pero el delegado francés bloqueó la iniciativa, porque iba en contra de su idioma, que se tenía como el lenguaje diplomático por excelencia en aquella época.

Servir al hombre es una historia corta del escritor Damon Knight, que inspiró un episodio clásico de la mítica serie televisiva *Dimensión desconocida* (*The Twilight Zone*), creación de Rod Serling, que llevó

la fantasía a límites insospechados. Este episodio, realizado en 1959, cuenta con guion adaptado de Serling. La historia transcurre en la sede de Naciones Unidas, en donde se recibe una delegación diplomática alienígena del planeta Kanamit, unas criaturas que llegan en son de paz, trayendo promesas de amistad y progreso. Los extraterrestres luego abren embajadas en todos los países para promover proyectos de cooperación interplanetarios. El final es antológico y sorprendente, no lo adelanto, para quienes no lo conozcan.

El capítulo cuenta con referencias a Colombia, pues el nombre del país se observa en los preparativos de la Asamblea en Naciones Unidas, así como la presencia del actor colombiano Robert Tafur, quien tuvo una destacada trayectoria en Hollywood en los años cincuenta y sesenta. Aquí interpreta a un silente diplomático, pues no hay ninguna línea de diálogo, pero se le enfoca varias veces. En los créditos aparece identificado como Señor Valdés, quien en el relato original hace de delegado argentino.

Regresando a nuestro presente, sin salir de este mundo y sin acudir a los alienígenas, el futuro deja abiertos muchos caminos y también interrogantes sobre lo que podría ser la política exterior de los Estados y el manejo diplomático, con la irrupción de la tecnología y la inteligencia artificial.

Desde 2020, impulsados en parte por la pandemia del covid-19, que aún nos afecta, estadistas y funcionarios participan con más frecuencia en conferencias virtuales aprovechando los desarrollos tecnológicos en comunicación, lo cual agradece, en época de crisis y austeridad, la opinión pública. La pregunta es si esa ten-

dencia podría alcanzar a las embajadas y delegaciones permanentes de los países ante otros Estados y organismos internacionales.

¿En el futuro, se designarían embajadores virtuales? ¿Habrá conferencias internacionales efectuadas con hologramas, robots encargados del ceremonial y el protocolo, reemplazando a cansados funcionarios, siempre falibles? ¿Organismos internacionales, como la ONU, podrían convertirse en centros ubicados en el mundo digital que no requieran de sedes físicas ni una excesiva burocracia?

En principio, no creo que los colegas deban temer en el corto plazo, pues el contacto cercano entre diplomáticos, bien sea entre sí o con las autoridades ante las cuales están acreditados, es imprescindible. Si algo tienen las conferencias internacionales o reuniones multilaterales en donde se deciden los grandes temas de la humanidad son las charlas de pasillo, las consultas informales. Quienes hemos participado en ese tipo de reuniones sabemos bien que, aparte del formato establecido, buena parte de las decisiones se toman en escenarios no formales, incluso improvisados, para tratar de conciliar aspectos en apariencia irreconciliables.

La ciencia ficción les ha permitido a muchos lectores y espectadores interesarse en temas de ciencia, al plantear preguntas clave y desarrollar hipótesis. La diplomacia igualmente tiene una variante científica que muchas veces no es conocida o difundida. Sobre temas cósmicos, existe la Oficina de Naciones Unidas para Asuntos del Espacio Exterior/Ultraterrestre (en inglés se conoce como United Nations Office for Outer Space Affairs (UNOOSA), cuya sede



#ELMAMBODEVOZAVOZ | María Isabel Rueda
En este mundo caben otros mundos, 2020

se encuentra en Viena, Austria, y mantiene el registro de objetos lanzados al espacio, promueve la cooperación internacional en

esta temática y la utilización del espacio con fines pacíficos. Actualmente, su directora es la astrofísica italiana Simonetta Di Pippo, destacada científica que podría considerarse la embajadora terrícola en el espacio exterior. Para los jóvenes diplomáticos con intereses en la ciencia, en particular, en estos temas del cosmos, resultaría muy conveniente que profundizaran en esta agencia internacional.

Sobre este punto de los jóvenes aspirantes a diplomáticos, debe recordarse que el ingreso de los candidatos a la carrera diplomática en Colombia se hace mediante un concurso de méritos, siendo una convocatoria abierta a todas las profesiones, no solo a internacionalistas o politólogos. Eso permite tener una mirada multidisciplinaria, que es muy importante en el manejo de las relaciones internacionales.

La ciencia-ficción y sus interpretaciones sobre la política exterior igualmente permiten una diversidad de miradas que, aunque hablen de mundos futuros, pueden dar lecciones a la comunidad internacional del presente. Existen diversos análisis desde la politología y sociología de obras cimeras de ciencia-ficción, como la serie *Fundación* de Isaac Asimov, clásicos como *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, *1984* de George Orwell o la ucronía *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick, en donde han encontrado temas para el estudio como: autoritarismo, seguridad del Estado, auge y declive de las potencias, terrorismo, formación o desmembramiento de países o mancomunidades regionales. Personajes clásicos del género, como los *zombies*, pueden interpretarse como amenazas al orden establecido, nacional o global, o reflejar dramas humanos reales, como los de migrantes y refugiados.

Si queremos una prueba contundente de la relación intertextual entre la ficción y la realidad, no debemos ir muy lejos. Es probable que todavía a inicios del 2020, si alguien hubiera predicho un escenario global, con confinamientos obligatorios, cierre de fronteras, suspensión de vuelos internacionales, hordas de gente abasteciéndose de papel higiénico, mientras en las redes sociales se popularizan las teorías conspirativas y los grupos anti-vacunas, a esa persona le habrían dicho que era un argumento apocalíptico para una novela de ciencia-ficción, lejano de la realidad. La angustia de los científicos y gobernantes por encontrar una cura a una pandemia sin control ya la habíamos visto en *La Amenaza Andrómeda* (1969) de Michael Crichton.

Se puede consultar una variada bibliografía, en la cual se trata la relación entre política exterior y ciencia-ficción como *International relations through Science Fiction* (1978) publicación de los editores Joseph D. Olander (1978) y Martin Harry Greenberg; *Theories of International Politics and Zombies* (2011) de Daniel Drezner; *To seek out new worlds* (2003) editado por Jutta Welles; o varios libros de Iver B. Neumann, respetado analista noruego, director del Instituto Noruego de Relaciones Internacionales, quien en el pasado ha elaborado escenarios de contingencia basados en argumentos de novelas de ciencia-ficción para el gobierno de su país.

En conclusión, las posibilidades al mezclar dos elementos que parecerían incompatibles, como la ciencia-ficción y la diplomacia, son variadas e insospechadas. Cuando la ciencia-ficción ha tomado el tema de la diplomacia, algunos autores prefieren suprimirle la parte tecnológica

(lo que solía llamarse la ciencia-ficción dura) y, en cambio, utilizan el concepto de *ficción especulativa*, para enfatizar en la parte humana, social y política. Si hacemos esta concesión, la ficción especulativa en la literatura y los medios audiovisuales cuenta con un espectro amplio de trabajo, como es el caso de un subgénero que gana terreno: el llamado clima-ficción, que va de la mano de fenómenos como el calentamiento global y el cambio climático.

Al final, no debería ser extraño que un diplomático se interese por la ciencia-ficción, porque esta se ocupa de lo mismo en lo que trabajan los profesionales de las relaciones internacionales y quienes ejercemos la diplomacia: formular preguntas sobre el futuro de la humanidad, especular con diferentes escenarios y, en ocasiones, presentar propuestas que la salven de la catástrofe. 🌍